

## BREVE SEMBLANZA SOBRE LA UNIVERSIDAD DEL VALLE AÑOS 1945-2015

Si se compara con las universidades del período colonial: Javeriana (1604); del Rosario (1653) y con las universidades públicas fundadas en el siglo XIX, Cauca (1827), Nacional (1867) Antioquia (1803), nuestra Universidad del Valle, es una joven universidad, con logros muy importantes en un tiempo relativamente breve.

Su carácter de universidad pública emana del Acto fundacional (Ordenanza Departamental N° 12 de 1945), carácter que le impone un devenir específico, en medio de las complejas relaciones Universidad, Estado, Sociedad, que se traduce en crisis y procesos de recuperación. Constitucionalmente, como universidad pública, debe ser financiada por el Estado; pero la sostenibilidad financiera ha sido una preocupación permanente durante los 70 años.

El desarrollo de la Universidad, desplegado en el tiempo, es el resultado de innumerables acciones humanas- individuales y colectivas- que han ido construyendo su tejido histórico, en cumplimiento de la misión y el desarrollo de sus funciones básicas: Docencia – Investigación.

En 1945, el contexto internacional estaba dominado por la terminación de la segunda guerra mundial y el comienzo de guerra fría entre las grandes potencias; el interno, por el inicio de la segunda fase de desarrollo industrial, paralelamente a la incubación de la llamada “*violencia temprana*”, con sus funestas consecuencias políticas y sociales.

El período 1944-1955 fue de auge económico, determinado por la profundización del proceso de sustitución de importaciones, la producción de bienes intermedios, la participación del Estado en la creación de empresas a través del IFI y la inversión extranjera directa en la industria manufacturera.

En Cali, las empresas creadas durante las primeras décadas del siglo XX ya cubrían gran parte del mercado interno y, en la zona plana el Departamento, la industria azucarera se había ensanchado con el surgimiento de nuevos ingenios que triplicaron la producción y consolidaron la primacía del Valle del Cauca, en la producción azucarera. El eje metropolitano Cali –Yumbo fue el sitio más atractivo para la inversión extranjera por sus ventajas comparativas y competitivas.

En tales condiciones, la necesidad de una Universidad en Cali era evidente, pero era preciso superar varios obstáculos, entre ellos, el escepticismo que rodeó la iniciativa, basado en una percepción sesgada del grado de desarrollo industrial de la ciudad, ligada al imaginario de que Cali seguía siendo un “*villorrio*”, carente de

la madurez cultural y el personal calificado para emprender una tarea educativa de tal envergadura. De manera insólita, el clima, hacía parte de la incredulidad.

No obstante, la propuesta surgida en la Cámara de Comercio, encontró acogida entre los diputados de la Asamblea Departamental, rápidamente se aprobó la Ordenanza de creación de la Universidad industrial del Valle del Cauca y se iniciaron las clases, en el mes de octubre, con las facultades de Agronomía, Enfermería, la Escuela de Comercio y la Escuela de Segunda Enseñanza para señoritas.

Pero, un año después, la incredulidad se impuso. La Universidad fue despojada de su la Facultad de Agronomía, orientada a la formación de los agrónomos que requería el Valle del Cauca, considerado entonces como despensa agrícola del país, para incorporarla a la Universidad Nacional y se perdió la perspectiva regional, durante 40 años.

En 1950, se produjo la primera crisis, producto del sectarismo partidista y la intolerancia política que llevó a la arbitraria destitución del insigne cofundador y primer rector, Tulio Ramírez.

En la recuperación, fue crucial la creación de la Escuela de Medicina, de nuevo venciendo el escepticismo (*"En Cali hace mucho calor"*). Rápidamente, la Escuela de Medicina y la Universidad en su conjunto, obtuvieron reconocimiento nacional e internacional y comenzó el proceso de vinculación de profesores de tiempo completo, para hacer estudios de posgrado en el exterior, con apoyo de fundaciones extranjeras norteamericanas; profesores que, a su regreso, debían dedicarse a la docencia y la investigación, como corresponde al modelo de universidad moderna que comenzaba a germinar en la Institución.

El decano de la Facultad de Salud, Gabriel Velázquez Palau, fallecido hace apenas dos meses, merece una mención especial de reconocimiento, por entender y propiciar una sólida formación integral, en ciencias naturales y humanas, que condujo a la gestación de las Facultades de Humanidades y Ciencias.

En 1954 el viejo claustro de Santa Librada resultaba insuficiente para albergar a los estudiantes (417 en 1956) y se logró el traslado a la Sede de San Fernando. Justamente el mismo año, reconociendo que las nuevas dimensiones académicas de la Universidad, desbordaban su carácter de Universidad Industrial, se promovió el cambio el nombre, por el de Universidad del Valle.

En los medios de comunicación de la ciudad se dejaba entrever un ambiente de optimismo y reconocimiento a la calidad académica de la Universidad. Frecuentemente se resaltaban los logros de la Facultad de Medicina, considerada como una de las mejores de Colombia y América Latina; la Facultad de Arquitectura, se mostraba a la vanguardia del funcionalismo arquitectónico y las ingenierías se exaltaban por estar a la altura de las exigencias de la época.

En la Conferencia Nacional de Rectores, realizada en octubre de 1957, se formalizó la creación de la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN, y se reconoció la conformación del “*Triángulo de Oro*” de la Educación Superior en Colombia, conformado por la Universidad Nacional, la Universidad de Antioquia y la Universidad del Valle.

Triángulo que a veces se convertía en triángulo de conflicto, cuando el movimiento estudiantil protestaba, en las tres universidades o en alguna de ellas. En mayo de 1957, los estudiantes de la Universidad del Valle decidieron participar en el paro contra la dictadura del general Rojas Pinilla, conjuntamente con otras universidades de la capital y todos fueron reconocidos como héroes de la democracia.

A comienzos del decenio 1960, la ciudad continuaba creciendo exponencialmente, generando cinturones de miseria en su alrededor y en las empresas se presentaban graves problemas de orden gerencial, hechos que convocaron a un grupo de jóvenes a reunirse los martes en el Club Colombia e invitar a prestigiosos académicos nacionales e internacionales para analizar la situación y promover alternativas de solución. De este grupo surgió la Maestría en Administración, como resultado de una enriquecedora relación universidad, empresa, sociedad.

A escala nacional, el proceso de industrialización, la violencia y el fracaso de las políticas de reforma Agraria, en su conjunto, habían acelerado el desplazamiento de la población campesina a las grandes ciudades. En Cali, la población seguía creciendo vertiginosamente, pasando de 279.186 habitantes, en 1951 a 971.718, en 1973.

En el marco del apresurado crecimiento urbano, el acceso a la educación superior se masificaba notablemente. La Universidad del Valle, al cumplir 25 años de su fundación, contaba con 627 profesores (la mayoría con estudios de posgrado) y 5.032 estudiantes.

A comienzos de 1971 afloró la segunda crisis de la Universidad, por un manejo equivocado del Rector en el proceso de nombramiento de Decano de la División de Economía, generando un conflicto estudiantil que se fue creciendo hasta alcanzar nivel nacional, con la participación de todas las universidades públicas y algunas privadas, como las universidades de los Andes y Javeriana, en Bogotá. Internacionalmente el movimiento estaba inspirado en la oleada de contestación universal que comenzó en 1964, en la Universidad de Berkeley, California, contra la guerra del Vietnam, se irradió por todo el mundo y tuvo su expresión más radical en el mayo francés de 1968.

El 26 de febrero, en las horas de la madrugada se promovió el allanamiento de la fuerza pública a los predios de la Universidad en la sede de San Fernando y, en las horas de la mañana, resultó muerto el estudiante Edgar Mejía Vargas, a quien cariñosamente le llamaban *Jalisco*. El dolor y la indignación de la comunidad universitaria se propagaron rápidamente por diferentes sectores de la ciudad,

hubo movilización de estudiantes universitarios, de secundaria, de grupos de obreros y sectores populares, nuevos enfrentamientos con la fuerza pública, más heridos y víctimas mortales.

El Presidente de la República, considerando, entre otras razones, que la conmoción generada por el conflicto universitario, en Cali, con la muerte de varias personas y la alteración del orden público en el resto del país, por las mismas circunstancias; que paralelamente se estaban presentando invasiones de predios rurales, afectando la ejecución de los programas de Reforma Agraria, decretó el Estado de Sitio en todo el país. El Rector renunció y durante los días siguientes se presentó la renuncia de la mayoría de los miembros del Consejo Superior.

En agosto de 1972, se realizó el traslado a la ciudad universitaria, hecho que contribuyó a la desmovilización de los estudiantes. La Universidad fue estigmatizada y los estudiantes pasaron de héroes a villanos, en ciertas visiones parroquiales y descontextualizadas difundidas en medios de comunicación.

En el proceso de superación de la crisis se adelantó un debate muy participativo que dio origen a normas institucionales sobre la participación democrática de los estamentos universitarios en la marcha de la Universidad y a reglamentaciones esenciales para el desarrollo de la carrera profesoral basada en méritos académicos y se reglamentó el otorgamiento de comisiones de estudio. La Universidad se abrió a nuevas dimensiones epistemológicas y los profesores siguieron desarrollando las actividades académicas docentes e investigativas con óptimos resultados, como lo muestra el documento sobre “La Actividad Científica de la Universidad del Valle”, que registra las publicaciones realizadas entre 1968-1973 y el honroso lugar en el panorama nacional.

En 1980, el presidente de la República, Julio Cesar Turbay expidió el Decreto 80 de 1980, con base en el cual se reconstituyó el Consejo Superior. Poco después se decidió el cierre de las Residencias estudiantiles y nuevamente en confusas circunstancias se produjo el dolor de la comunidad universitaria por la muerte del estudiante Hernán Avila (1984).

En 1986 se anunció la apertura de las sedes regionales en Tuluá, Buenaventura Buga y Cartago y en dos años después se aprobó el Proyecto de ley de Estampilla Pro-Universidad del Valle.

En 1990, el presidente Cesar Gaviria convocó la Asamblea Nacional Constituyente, que sirvió de marco para la aprobación de la ley 30 de 1992, en la cual se incluyó la indexación del presupuesto de las universidades públicas, hecho que contribuyó significativamente a la estabilización financiera, no obstante el rezago correspondiente a los gastos de las universidades, por encima del IPC, para cubrir los compromisos con la calidad y el aumento de cobertura.

En 1994, nuevamente hubo conmoción y duelo universitario por la muerte del estudiante César García (1994).

En junio de 1998, estalló la tercera crisis, ocasionada por factores internos que se fueron acumulando durante los años anteriores, producto de prácticas ajenas al *ethos* universitario relacionadas con amiguismo, clientelismo, otorgamiento de prebendas, gastos excesivos no prioritarios, obtención de créditos con expectativas inciertas de la estampilla, proliferación de centros e institutos y programas sin soporte, nómina paralela; en suma, la Universidad quedó inmersa en una total desinstitucionalización, que condujo al extravío de su misión. El déficit acumulado, correspondía a la suma de todas las transferencias del Gobierno durante un año. Cesaron los pagos de nómina a activos y jubilados, y a proveedores; los recursos de investigación quedaron congelados en la Fundación de apoyo y se presentaron casos de verdaderas calamidades individuales y familiares.

Con enormes dificultades e ingentes sacrificios de profesores, trabajadores, empleados y directivos, trabajando sin remuneración económica durante varios meses, se pudo sortear la crisis y se comenzó un proceso de reinstitucionalización, con participación de la comunidad universitaria, en particular de los profesores como consta en las numerosas publicaciones del *Boletín informativo de Corpuv* y en el *Boletín Argumentos y Debates*, de un grupo de profesores de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas. Finalmente, se creó el Bono pensional y se reconstituyó progresivamente la estabilidad financiera, no obstante el crecimiento de los gastos, frente al exiguo crecimiento del presupuesto en términos reales.

En 2003 se inició el proceso de autoevaluación y en 2005 se obtuvo la Acreditación Institucional, entre otras razones, por el programa de Regionalización, la responsabilidad de sus estamentos para superar la crisis, el compromiso del profesorado altamente calificado y la actitud positiva de los estudiantes y actualmente está nuevamente acreditada por 8 años más.

La acreditación de 2005 fue un logro muy importante, un estímulo para continuar, un mensaje de alegría, turbado solamente por el dolor y la indignación que generó la muerte de los estudiantes Jonhy Silva (2005) William Javier Ortíz (2006) Julián Andrés Hurtado (2006) y Katherine Soto (2007).

En el contexto nacional, desde principios del presente siglo la política educativa de los gobiernos de turno ha sido orientada hacia el desmonte del subsidio a la oferta, a través de los intentos de reforma a ley 30<sup>a</sup>, específicamente al Artículo 86<sup>a</sup> que define la indexación del presupuesto de las 32 universidades públicas. Los foros oficiales mostraron el modelo chileno como el ideal, no obstante su rotundo fracaso, similar al de la privatización de la salud en Colombia.

Gracias a la resistencia de la comunidad universitaria, padres de familia y miembros de diversos grupos sociales, pero fundamentalmente de los estudiantes liderados por la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE), con sus vigorosas

movilizaciones en varias ciudades, logró detener la negativa política reformista. Incluso notables directivos de las universidades privadas cuestionaron con éxito la incorporación del reconocimiento a las instituciones con “ánimo de lucro”. De nuevo, el movimiento estudiantil se desarrolló en el contexto de las protestas de los indignados en diversos lugares y escenarios del mundo, guiados por las expresiones de máxima indignación en Harvard, de los activistas anti globalización, contra las políticas de la OCDE, del FMI, del Banco Mundial, mediante actos llenos de acciones, discursos creativos e intrepidez seductora.

Para obviar la protesta y aplicar soterradamente la misma política, el Ministerio de Educación Nacional, contrató la elaboración de un documento denominado *Acuerdo por lo Superior - 2034*, que no corresponde a las reflexiones, ni a la participación de la comunidad universitaria en diversos foros y debates en las universidades. Un documento lleno de incoherencias y propuestas amenazantes para el presente y futuro de la educación superior; propuestas de un cerco de control excesivo a las universidades públicas mediante el nombramiento de inspectores in-situ; desdén hacia la estabilidad financiera, envuelto en frases superficiales y obvias, como la de que la financiación no es un fin; en suma, un conjunto de distractores manejados con mucha habilidad y poca seriedad académica, pero llenos de peligrosas iniciativas ante las cuales es preciso alertar a la comunidad universitaria en forma permanente.

Todo en medio de un contexto internacional determinado por un mundo competitivo, globalizado, de corte darwinista, en el que todo se vuelve efímero y evanescente; en el que sobresale la crisis de valores y la propagación de visiones empobrecidas del ser humano, dominado por una racionalidad instrumental; en el que cambia el lenguaje de los procesos de conocimiento, por productos con valor de uso que se intercambian en el mercado; en el que los estudiantes se convierten en clientes de un negocio fabuloso, en un mercado perverso con demandas cautivas en todo el mundo y en el que las universidades pierden el monopolio de la generación del conocimiento y su legitimidad ante la sociedad, para competir con institutos especializados.

Se olvida que el conocimiento es el rasgo fundamental de la sociedad moderna y que la abrumadora información que circula en el mundo virtual no es conocimiento, solamente procesa los datos de los sentidos, pero es ciega sin la intervención de un esquema conceptual; que los conocimientos adquiridos en la Universidad no tienen valor de uso específico, pero preparan la mente para la reflexión sistemática, la formulación de buenos interrogantes y el uso de la heurística más adecuada, para abordarlos racionalmente y que la razón tiene en su interior un potencial crítico, esencial para el individuo y la sociedad.

Afortunadamente, así lo han entendido los estudiantes y profesores que cotidianamente se encuentran en los salones de clase, los laboratorios y las bibliotecas, estudiando, investigando y construyendo Universidad; los directivos y cuerpos colegiados que manejan con acierto las decisiones académicas, administrativas y financieras para marcha normal de la Institución, los

trabajadores y empleados que pertenecen personal de apoyo, no a las personas, sino al cumplimiento de la misión de la Universidad.

Son muchas personas entre las cuales hoy se hace mención honorífica especial a un grupo de estudiantes meritorios y a los profesores que han obtenido un honroso reconocimiento, como consta en los resultados de la medición de Grupos de Investigación e Investigadores del 20 de abril de 2015, los cuales la Universidad del Valle *“ocupó el cuarto puesto a nivel nacional (medido por número de grupos A1)”*.

Son logros que nos llenan de esperanza y optimismo para continuar la dura brega por la senda de la excelencia académica que ha caracterizado a nuestra querida Universidad del Valle a lo largo de su historia.

LUIS AURELIO ORDOÑEZ BURBANO  
Profesor Titular  
Facultad de Ciencias de la Administración